



## Clausura de la Semana de Pastoral 2009

El profeta Zacarías, de cuyo libro está tomada la primera lectura, desarrolló su ministerio profético entre los años 520 y 518. Israel ha vuelto del destierro en Babilonia en el año 538; y en el año 520 Zorobabel y Josué reanudan la reconstrucción del templo de Jerusalén. La palabra de Zacarías intenta promover esta reconstrucción.

No es probable que Zacarías desconociera las denuncias que los antiguos profetas habían realizado contra el culto vacío del templo. Zacarías era probablemente de ascendencia sacerdotal y, además, profetiza en una situación en la que el pueblo de Israel, vuelto del destierro, necesitaba con urgencia fortalecer su identidad religiosa. En sintonía con el espíritu cultural del profeta Ezequiel, aquellos israelitas no podían renunciar a la reconstrucción del templo sin poner en peligro su fe y su esperanza. Zacarías percibió sin duda la reconstrucción del templo como signo y medio eficaz para la restauración del pueblo en la fidelidad a la alianza con Dios.

Para esta restauración religiosa del pueblo, Zacarías se preocupa no sólo de restaurar el culto del templo, sino también de exhortar al pueblo a la conversión moral. El libro del profeta se inicia precisamente con una invitación a la conversión: *“Volved a mí,...y yo volveré a vosotros. No seáis como vuestros antepasados a quienes los antiguos profetas predicaban...convertíos de vuestra conducta malvada y de vuestras perversas acciones. Pero ellos no escucharon ni me hicieron caso”* (Zac 1, 3-4).

Zacarías presenta la conversión del pueblo en el horizonte de una nueva y definitiva intervención de Dios, que abre un tiempo de esperanza, de salvación y de gloria futura de Jerusalén. El lenguaje con que lo expresa es el propio de la literatura apocalíptica. Con la presencia del Señor, la ciudad de Jerusalén gloriosamente restaurada por Josué y Zorobabel, quedará abierta no sólo para los judíos, sino para todos los que deseen visitarla.

El verdadero restaurador de la ciudad va a ser Dios y él va a ser su defensa. Jerusalén no será una ciudad defendida por murallas, quedará abierta para acoger a todos sus hijos. Su defensa va a ser una muralla de fuego del Señor; su protección será la gloria de Dios, presente en ella. Por ello, la ciudad no se puede medir; supera toda medida humana.

Jerusalén es la ciudad donde Dios viene a habitar y a la cual convoca el Señor a muchos pueblos, para que se unan a Él y sean parte de su pueblo. Porque Dios habita en ella, la ciudad debe saltar de gozo y alegrarse. Esta perspectiva universalista y el tono consolador y gozoso del anuncio del profeta Zacarías recuerdan los oráculos de los capítulos 40 al 55 de Isaías sobre la restauración de Jerusalén y la promesa de una alianza perpetua, para que Israel sea *“mi testigo ante los pueblos”* (Is 55, 4).



La profecía de Zacarías hoy proclamada va dirigida también a nosotros y tiene actualidad: es una llamada a no instalarnos en la cómoda seguridad que nos ofrece una sociedad que no es nuestra patria espiritual y que pone en riesgo nuestra identidad religiosa; y es una invitación a asumir el riesgo de un nuevo éxodo, para participar en la gozosa restauración del pueblo de Dios en torno al que ha venido como Hijo de Dios a habitar en medio de nosotros.

El breve texto del Evangelio recoge el segundo anuncio que Jesús hace a sus discípulos sobre su pasión. En el mismo capítulo, Lucas ha narrado el primer anuncio de la pasión, precedido del milagro de la multiplicación de los panes y de la confesión de Pedro sobre la condición mesiánica de Jesús. A la pregunta: *“Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”*, Pedro respondió: *“El Mesías de Dios”* (Lc 9, 20). Inmediatamente después, Lucas narra el primer anuncio de la pasión: *“Es necesario que el Hijo del hombre sufra mucho... que lo maten y que resucite al tercer día”*; y enseña a todo el pueblo que sus discípulos van a correr su misma suerte: *“El que quiera venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí, ése la salvará”* (Lc 9, 22-24).

A continuación, Lucas narra la transfiguración de Jesús mientras oraba en el monte. Allí escuchan los discípulos el testimonio del Padre sobre Jesús: *“Este es mi Hijo elegido; escuchadlo”* (Lc 9, 35). Acto seguido refiere Lucas el milagro de la curación de un muchacho epiléptico y termina diciendo: *“Y todos se llenaron de estupor al ver la grandeza de Dios. Todos estaban admirados de las cosas que hacía. Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Meteos bien esto en la cabeza: al Hijo del hombre lo van a entregar en manos de los hombres. Pero ellos no entendían este lenguaje; les resultaba tan oscuro que no cogían el sentido. Y les daba miedo preguntarle sobre el asunto”* (Lc 9, 44-45).

La necesidad de esta enseñanza de Jesús a sus discípulos es resaltada por dos hechos: Primero: Inmediatamente después del segundo anuncio de su pasión narra Lucas la discusión de los discípulos sobre quién de ellos sería el más importante. Segundo: en la versión de Marcos y Mateo se refiere que Pedro, al escuchar el anuncio de la pasión, se llevó aparte a Jesús y se puso a recriminarle (Mc 8, 32-33. Mt 16, 22-23). Jesús tuvo que reprender a Pedro porque sus pensamientos no eran los de Dios, sino los de los hombres. Pero aún después de las explicaciones de Jesús, los discípulos *“no entendían lo que quería decir... y tenían miedo de hacerle preguntas sobre ello”*.

Jesús enseña a los discípulos el verdadero sentido y contenido de su condición de Mesías, confesada por Pedro, y de su carácter de Hijo de Dios, testimoniada por la voz del cielo en la transfiguración. No quiere que su misión se interprete mal en sentido político y religioso; por ello, prohíbe a los discípulos decir a nadie, por ahora, que él es el Mesías. Y además, se dedica con paciencia a enseñar a los discípulos la forma en la que ha de llevar a cabo su misión: la muerte en cruz y la resurrección. Y esta enseñanza va encaminada a que los discípulos participen después en su misión de la misma



Carlos López Hernández

*manera: “El que quiera venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Porque el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mí, ése la salvará.*

La fe verdadera en Cristo, que todos estamos llamados a vivir y testimoniar a los jóvenes, implica confesarle como Hijo de Dios y tomar el camino de su seguimiento, renunciando a uno mismo y cargando con su cruz; y este seguimiento se asume con confianza y gozo, porque el yugo de Jesús es suave y su carga es ligera (Mt 11, 30). Pero esto sólo lo puede comprender y vivir quien ha renacido del agua y del Espíritu; es decir, quien por la conversión a la fe y por el bautismo ha sido hecho partícipe del misterio pascual de Jesús y ha sido iniciado en el significado salvador de su muerte y resurrección. Y es necesario que el Espíritu nos ayude a orar como conviene, pidiendo al Padre con Jesús que todos los hijos de Dios hagamos su voluntad y no la nuestra.

Si nos pusiéramos en sintonía con estos sentimientos y testimonios de Jesús podríamos evitar fácilmente tantas pretensiones inútiles y desorientadoras de buscar caminos actuales de seguimiento de Jesús acomodados a nuestra situación y hechos a la medida de nuestros deseos. Pero la renuncia a nosotros mismos sólo podemos hacerla en comunión íntima con Jesús. Necesitamos buscarle, estar con él, dialogar con él de corazón a corazón, amarle hasta el extremo como él nos ha amado, perder nuestra vida con él y por él; así la encontraremos liberada, iluminada, sanada y santificada. Entonces el amor a Jesús nos hará sus testigos y anunciaremos con gozo que sólo a él adoramos y sólo a él buscamos y seguimos, porque sólo él tiene palabras de vida eterna y sólo él nos da el pan de vida.

Salamanca, 26 de septiembre de 2009